

## 5. Moverse

Llevas paseando un rato.

Un paso ha llevado a otro y a otro y al siguiente...y ya estás haciendo tu camino. Todo tu cuerpo, todos tus sistemas, miembros, órganos, tejidos y células están colaborando para que tú puedas desplazarte de una forma gustosa pero eficaz. Todas y cada una de las partes de tu cuerpo siguen el ritmo que marcan los pasos que das y obedecen al propósito del paseo.

Pero, de repente, has comenzado a percibir otros impulsos posibles. Sin pedir permiso, una mano ha comenzado a jugar desacompañada con el airecillo y con el roce que éste produce en todo tu brazo. Luego, te has dado cuenta de que no hace falta siempre avanzar de frente: puedes dar pasitos de lado o caminar para atrás. Te da igual no avanzar tan ligero...en realidad no vas a ninguna parte con lo cual puedes permitirte alargar la experiencia y no ir recto.

Poco a poco, otras partes de tu cuerpo, han ido manifestando sus deseos e independizándose de la idea de paseo. Un hombro, las pestañas, el pie izquierdo, los codos, los dedos meñiques... Quizás has dejado incluso de avanzar y simplemente estás atendiendo a los impulsos que vienen de algunas partes y miembros rebeldes. El caso es que, cuando te has querido dar cuenta, estabas en medio de la acera haciendo remolinos con los dos brazos, con la boca abierta, la cabeza mirando al cielo y haciendo equilibrio sobre el pie izquierdo. Y la gente por la calle ha empezado a mirarte raro. Porque por la calle, al igual que en la mayoría de los espacios públicos, no se espera que a una le dé por moverse libremente. Vivimos en espacios regidos

por convenciones sociales que establecen dónde, cómo y cuándo podemos movernos. Esos códigos los aprendemos desde que nacemos y a medida que crecemos se instalan en nuestros cuerpos como limitaciones invisibles que determinan qué podemos hacer y qué ni se nos ocurre. Es lo que llamamos disciplina.

La escuela ha sido tradicionalmente uno de los principales instrumentos para adiestrar a niñas y niños e inocular en sus cuerpos la disciplina característica de la llamada “buena educación”. Por supuesto, en la escuela ocurren muchas más cosas además de controlar nuestros cuerpos sometidos a códigos de obediencia y de movimiento autorizado. Pero, tampoco hay que ser inocentes de más y pensar que es casualidad que desde los seis años (si no antes) nos enseñen a permanecer sentadas detrás de una mesa, mirando al frente “atendiendo” a la autoridad sin poder movernos libremente y aguantando así lo que aproximadamente dura una jornada laboral.

No es casualidad. Por eso, quizás este momento raro es especialmente adecuado para hacer el esfuerzo de aceptar y asumir que nuestros cuerpecitos fueron sometidos a una disciplina que intentó prepararnos para que, cuando llegara el momento, fuéramos trabajadoras abnegadas y obedientes. No es casualidad. Y tampoco lo es que mientras ha durado el confinamiento y las escuelas han estado cerradas, una de las maneras de continuar la educación de niñas y niños haya sido generando recursos on-line que les obligaba a permanecer frente a la pantalla de idéntica manera a como lo hacen sus padres cuando “teletrabajan”.

Si ya las aulas se parecen demasiado a las oficinas, ahora las casas también se han convertido en lugares para el trabajo. Cuerpos adiestrados de madres e hijos, dóciles, haciendo lo mismo: trabajar, parados, quietos, mirando a una pantalla y renunciando al movimiento libre.

Hace unos años, el pensador portugués André Lepecki publicó un artículo en el que introducía la idea de “coreopolítica”. Inspirándose en Hannah Arendt y en su idea de que la política es el ejercicio consciente de la libertad, Lepecki sugería que es necesario, si no urgente, liberar el movimiento de nuestros cuerpos. Así, la “coreopolítica” podría definirse como aquellas prácticas que nos permiten ampliar la imaginación de lo que nuestros cuerpos pueden llegar a hacer y mover liberándolos de la (auto)disciplina, los códigos y los comportamientos impuestos por el patriarcado capitalista.

Así, frente a la disciplina, el control, la limitación del movimiento y el adiestramiento corporal, tendríamos la posibilidad del ejercicio de la coreopolítica.

Cierto es que, adiestradas como estamos, quizás al principio aparezcan resistencias y miedos a moverse de manera “no convencional” o “no autorizada”. Sin embargo, quizás ahora más que nunca, merece la pena hacer el esfuerzo: sabemos que solo aprenderemos y desarrollaremos nuestras capacidades de conocer, si nos permitimos asomarnos a lo desconocido. Solo si nuestros cuerpos pueden buscar y explorar libremente, solo si podemos movernos en libertad, podremos llegar a entender la realidad auténtica del presente

que vivimos. Solo si dejamos de someter nuestros cuerpos a sistemas disciplinares que limitan nuestras capacidades de movernos, podremos desarrollar saberes útiles, saludables y amorosos. Porque tanto el conocimiento como la creación sólo se dan como ejercicio radical de libertad.

## Preguntas para continuar

¿Qué movimientos corporales no te atreverías a hacer en un teatro?, ¿y en una escuela?

¿Te sientes sometida a algún tipo de control exterior en el espacio público?, ¿y en tu lugar de trabajo?, ¿y en la escuela?

¿En qué lugares puedes moverte libremente?

¿Puedes imaginar una práctica pedagógica cotidiana que suceda en un espacio sin sillas ni mesas individuales y que no imponga la frontalidad como único sistema de relación?

¿Puedes imaginar un teatro sin patio de butacas, que no separe a espectadores de bailarines y que no imponga la frontalidad como único sistema de relación?

## Para leer más

André LEPECKI, *Coreopolítica y coreopolítica o la tarea del bailarín* <https://cultura.nexos.com.mx/?p=10775>

*Jaime Conde-Salazar s.u.s.*